

El Grupo Aguamiel

En San Cristóbal, como nos lo demuestran las crónicas, nunca han faltado los grupos que trabajan en pro de la cultura. Los casos son de lo más variados, de lo más interesantes, de lo más alentadores, de lo más auténticos. Recordemos el Grupo Yunque. Recordemos el Grupo Juan Maldonado. Recordamos la Cueva Pictórica. Recordemos también El Paradillo. Ahora mismo tenemos en plena actividad, entre otros, la Peña Literaria Manuel Felipe Rújeles el Taller Literario Zaranda; y el Grupo Aguamiel. Todos estos grupos, así los históricos como los vigentes, demuestran que nuestras gentes tienen sentido de los valores no mercables. Ahora bien. Entre los grupos mencionados, unos han tenido importancia específicamente literaria, como es el caso de El Paradillo. Otros la han tenido en lo literario en lo musical, como el grupo Yunque. Otros la han tenido como cátedra de formación para todos, como el Taller Zaranda. Y otros, un tanto por excepción, la han mantenido indudablemente diversificada sobre lo literario, sobre lo poético, sobre lo teatral, sobre lo musical, sobre lo folclórico, et c. Este es el caso del Grupo Aguamiel. ¿Qué es el Grupo Aguamiel? El Grupo Aguamiel, sin más ni más, es un grupo muy dinámico, muy fresco, muy fervoroso, muy perseverante, muy inspirado, muy tachireño también, que, un día de estos, decidió entregarse a la comprensión, al estudio y a la divulgación de la cultura regional. Un grupo, pues, que apenas alcanza la docena de actuantes o artistas. Entre estos, unos cantan, otros declaman, otros dramatizan, otros musicalizan mediante diversos instrumentos, y casi todos, llegado el caso, folclorizan cantando, declamando, dramatizando y musicalizando. El hecho nos parece digno de la mejor atención. Lo es, indiscutiblemente. Cada vez que nos vemos comprometidos con cualquiera de sus programas, en la universidad o en la calle, en el liceo o en el parque, en la escuela o en el templo, la satisfacción, es la misma. Todo cuanto hacen, para levantarle el ánimo al oyente, lo hacen bien de veras. Y uno, al final de la actuación de Aguamiel, se pregunta si lo que acaba de presenciar y escuchar es un concierto, o un sainete, o un recital, o una serenata, o una sesión de mimo, o una presentación del más puro y vivo folclor. El caso es que, en el acto aludido, encontramos de todo esto al mismo tiempo. Tal es Aguamiel.

Aguamiel, por todo lo que acabamos de resumir para los lectores desprevenidos, es algo mucho más trascendente todavía. Aguamiel es una permanente revisión, y una ratificación también, y una proposición de autenticidad respecto de lo más entrañable tachireño. Desde el lenguaje hasta la música, pasando por toda la escala intermedia, lo nuestro es la motivación de este notable grupo cultural. Todo esto, claro está, se dice pronto. Pero, ¿de qué manera ha podido el Grupo Aguamiel alcanzar todo lo que lleva alcanzado? De manera bastante descomplicada, como quien dice. Lo ha alcanzado metido hasta los hombros en las bibliotecas; y metido asimismo en las hemerotecas: y metido, mucho más positivamente, en la plena lluvia de nuestros páramos y en la plena lurribrarada solar de nuestros valles, es decir, en el campo. Investigando, para decirlo de otro modo, en la letra viva de los libros, y en la palabra viva de la gente que, a pesar de todo, permanece inmune a la invasora e implacable alienación o colonización que nos sirven, siempre fieles al imperialismo, nuestras radios y televisoras.

Todo esto, pues, que queda resumido y esbozado a la carrera es Aguamiel. Un Grupo Cultural muy poco común. Una especie de cátedra militante que reclama nuestra atención, nuestra solidaridad y nuestra admiración.

Ya dijimos que los aguamieleros son, pocos más, pocos menos, doce. La misión que han asumido no puede ser más edificante. Lo han hecho con fervor y lo han hecho con disciplina. Con fervor y con disciplina por cuanto funcionan como una pequeña orquesta, tan bien montada como bien dirigida, gracias a la batuta de René Gamboa. Al verlos, convenimos todos en que todos se saben, como agua, lo nuestro; y en que le ponen, con miel, el corazón o, mejor dicho, la amenidad necesaria para que lo que nos entregan nos toque de verdad por dentro.